

CAPITULO XLIX

Que contiene la historia del tío del viajante

Mi tío, caballero, dijo el viajante, era de lo más gracioso, jovial, divertido y maligno que ha existido jamás. Quisiera que le hubieseis conocido, caballero... pero no, reflexionándolo mejor, no lo quisiera, porque, siguiendo el orden natural, si le hubieseis conocido, ú os habríais muerto, ú os faltaría poco; habríais renunciado á correr el mundo, lo cual me privaría del placer de hablaros en este momento. Yo quisiera que vuestros padres y vuestras madres hubiesen conocido á mi tío, porque les hubiera agradado en extremo, principalmente á vuestras respetables madres. Estoy seguro de ello. Si entre sus numerosas virtudes existían dos que predominaban en las damas, me atrevería á decir que era su ponche y sus canciones báquicas. Perdonadme si me dejo arrebatar del melancólico recuerdo del mérito del que ya no existe: no se halla todos los días un hombre como mi tío, caballero.

Siempre he mirado como muy honroso para mi tío el haber sido compañero é íntimo amigo de Tom Smart, de la gran casa de Bilson y Slum, *Cateaton-Street, city*. Mi tío viajaba por Tiggín y Welps; pero durante algún tiempo hizo poco más ó menos el mismo viaje que Tom. El primer día que se encontraron, mi tío simpatizó con Tom, y Tom simpatizó con mi tío. Aun no hacía media hora que se conocían, cuando apostaron á quién haría mejor un bol de ponche y bebería más pronto. Dijose que mi tío le había ganado en cuanto á lo primero, pero en cuanto á lo segundo Tom consiguió ventaja por cerca de una media cucharilla de café. Tomaron entonces otro bol cada uno para beber mutuamente á su salud y desde entonces quedaron íntimos amigos. En todas estas cosas, caballero, hay un destino más fuerte que nosotros.

En cuanto á lo personal, mi tío tenía una línea menos de la talla ordinaria, pero tenía también una línea más de grueso de lo regular, y quizá su rostro tenía una

línea más de colorado que los rostros comunes. Tenía la cara más jovial y como nunca habréis visto otro, caballeros; participaba algo de polichinela, pero con una nariz y una barba mucho más pronunciadas; sus ojos brillaban siempre de alegría y sobre sus labios estaba perpetuamente posada la sonrisa; no una de vuestras sonrisas insignificantes, necias, vulgares, sino una verdadera sonrisa alegre, satisfecha, maligna. Una vez fue arrojado de su coche, y se abrió la cabeza contra un guardacantón; permaneció allí aturdido y el rostro tan desfigurado por la arena, que sirviéndose de su expresión enérgica, si su pobre madre hubiese podido volver al mundo, no le hubiera reconocido.

Y reflexionando, y dada la posibilidad de que le hubiera visto en esta ocasión, porque cuando su madre murió, mi tío no tenía más que dos años y siete meses, palabra de honor, caballeros, al mirar su rostro lleno de rozaduras, su nariz aplastada y el color rubicundo de su cara, estoy seguro que la buena señora no hubiera podido reconocerle. Sea de esto lo que quiera, él estaba allí tendido; y frecuentemente he oído decir que sonreía tan agradablemente, como si se hubiese caído por su gusto, y que después de haber sido sangrado y tan luego como había principiado, digámoslo así, á revivir, comenzó por incorporarse en su lecho, por reir, por abrazar á la joven que tenía la taza para la sangría; después de lo cual, había pedido inmediatamente una chuleta de carnero y nueces en dulce. Era muy aficionado á nueces en dulce, caballeros, y decía que comidas sin pan, hacían que se encontrase mejor la cerveza.

El gran viaje de mi tío tenía lugar en el otoño; entonces era cuando reunía los fondos y se encargaba de comisiones en el Norte.

Iba de Londres á Edimbourg; de Edimbourg á Glasgow; de Glasgow volvía á Edimbourg, y en fin, á Londres en el vapor.

Es preciso que sepáis que esta segunda visita á Edimbourg era puramente de placer; tenía la costumbre de venir á él por una semana, tiempo extristamente necesario para ver á sus antiguos amigos; y como él se desayunaba con éste, almorzaba con aquél, comía con el tercero y cenaba con otro, pasaba la semana de la manera más agradable. No sé si alguno de vosotros, caballeros, ha gustado alguna vez de un sólido desayuno escocés, substancial, abundante, y si ha ido después y á continuación á probar de un barril de ostras y una docena de botellas de cerveza fuerte, con uno ó dos frascos de Whiskey para terminar. Si os ha sucedido, vendréis conmigo en que es preciso tener la cabeza un

poco sólida, para hacer honor después de esto á la comida y á la cena.

¡Pero bendito sea Dios! Esto no era nada para mi tío; y tan acostumbrado estaba á ello, que lo consideraba como un juego. Le oí decir que podía hacer frente á las gentes de *Dundee* y volver á su casa sin dar un traspie; y sin embargo, caballero, las gentes de *Dundee* tienen cabezas y ponches tan fuertes como no podríais hallarlos entre los dos polos. He oído hablar de un hombre de *Dundee* y de otro de *Glasgow*, que bebieron durante quince horas consecutivas. En cuanto es posible asegurarlo, quedaron sofocados á un mismo tiempo; pero fuera de esto, caballeros, no tuvieron ninguna otra novedad.

Una noche, veinticuatro horas antes de la época que él había fijado para embarcarse, cenó mi tío en casa de uno de sus más antiguos amigos, que residía en la antigua ciudad de *Edimbourg*. Un tal *Mac*, no sé qué, con cuatro sílabas al final. Allí estaba la mujer del *Bailio*, y las tres hijas del *Bailio*, y un nieto del *Bailio*, y tres ó cuatro gruesas escocesas, de espesas cejas, á quienes el *Bailio* había reunido para festejar á mi tío y ayudarle á desterrar la melancolía. Fué una cena famosa. Comióse en ella salmón escabechado, merluza ahumada, una cabeza de cordero, morcilla, picadillo, célebre plato escocés, que á mi tío le sentaba siempre á las mil maravillas. Otras muchas cosas, cuyos nombres he olvidado, se presentaron en la mesa; pero todas eran buenas. Las jóvenes eran amables; la mujer del *Bailio* parecía una de las mejores criaturas del mundo, y mi tío estuvo de un humor envidiable. Así es que durante toda la *soirée*, las jóvenes sonreían por lo bajo, la mamá reía con estrépito, y los alegres compañeros se desternillaban hasta el punto de sofocarse. No recuerdo con puntualidad el número de vasos de vino que se bebió cada uno después de la cena; pero lo que sé es que hacia la una de la mañana, el nieto del *Bailio* se quedó dormido en el momento de principiar por la vigésima vez una copla de la canción de *Burns*: *Oh! Willie brassa un picotin d'orge* (*Willie* tomó un celemín de cebada). Como desde hacía cerca de media hora era mi tío el solo convidado que permanecía firme en la mesa, le pareció que ya era tiempo de retirarse, á fin de hallarse en su casa á una hora regular, tanto más, cuanto que había estado bebiendo desde las siete de la tarde; creyendo no obstante, que no sería cortés irse sin decir nada, mi tío se lanzó á la tribuna, mezcló con aguardiente un vaso de ponche, se levantó para proponer un brindis, dirigió un discurso muy bello y muy lisonjero

y bebió con entusiasmo. A pesar de todo, ninguno se despertó. Mi tío bebió aun una copa de aguardiente puro esta vez, para que no le hiciera daño el ponche, y al fin, tomó su sombrero y salió á la calle.

Hacia mucho viento cuando mi tío cerró la puerta del *Bailio*; se encasquetó el sombrero, metió las manos en los bolsillos, y mirando al cielo, pasó rápidamente revista al estado de la atmósfera. Multitud de nubes pasaban por delante de la luna con frenética rapidez, obscureciéndola completamente unas veces, permitiéndola otras derramar toda su luz, y volviendo á obscurecerla con una celeridad increíble. Realmente, dijo mi tío dirigiéndose al tiempo, como si se hubiese sentido personalmente ofendido, esto no puede continuar así; no es este el tiempo que me conviene para mi viaje; no lo quiero á ningún precio, añadió con voz imponente. Después de haber repetido esto muchas veces, y después de haber recobrado su equilibrio, porque se hallaba algo aturdido por haber mirado por tanto tiempo á las estrellas, volvió á ponerse alegremente en marcha.

La casa del *Bailio* estaba en *Canongate*, y mi tío iba al otro extremo de *Leithwalk*; poco más de una milla de distancia. A derecha é izquierda se veían grandes casas aisladas, altas, agrietadas, cuyas fachadas estaban ennegrecidas por el tiempo, y cuyas ventanas, como los ojos de los ancianos, parecían hundidas y sin brillo. Seis, siete, ocho pisos, se apilaban como castillos de naipes, unos sobre otros, proyectando sus espesas sombras sobre la calle, haciendo la noche aun más oscura. Un pequeño número de faroles esparcidos á grandes distancias, no servía más que para indicar la sucia entrada de algunos portales estrechos ó de algunas escaleras tortuosas y complicadas, que conducían á los pisos superiores. Mirando todas estas cosas como quien las ha visto con frecuencia, ó sea sin ocuparse de ellas, mi tío marchaba por en medio de la calle, con cada dedo pulgar metido en cada uno de los bolsillos del chaleco, modulando de vez en cuando una canción con tal fuerza, que los pacíficos vecinos despertaban sobresaltados y permanecían temblando en sus lechos hasta que el sonido iba apagándose con la distancia; y convencidos entonces de que era algún beodo que se volvía á su casa, se abrigaban y volvían de nuevo á dormirse.

Caballeros, os cuento minuciosamente cómo iba mi tío por en medio de la calle, con los pulgares en los bolsillos del chaleco, porque como él decía frecuentemente y con razón, nada hay de extraordinario en esta historia, si no comprendéis desde su principio que su espíritu no era inclinado á lo maravilloso ni á lo román-

tico.

Iba, pues, mi tío con los pulgares en los bolsillos de su chaleco, ocupando solo la calle, cantando, ora una endecha amorosa, ora una canción báquica, y silbando melodiosamente cuando se cansaba de Baco y de amor. Llegando así al puente del Norte, el cual reúne en este punto la antigua á la nueva ciudad de Edimbourg. Detúvose allí como un minuto á considerar el conjunto extraño é irregular de luces apiladas en el aire á tan grande altura, que se las confundiría con las estrellas, de un lado sobre las murallas de la fortaleza, y del otro sobre Calton-Hill, como si estuviesen iluminando castillos aéreos. A su pie, la antigua y pintoresca ciudad dormía pesadamente en su majestuosa obscuridad, mientras que el viejo trono de Arturo, que se elevaba imponente y sombrío, como un genio poderoso, parecía guardar y proteger el castillo y la capilla de Holyrood. Digo, caballeros, que mi tío se detuvo allí uno ó dos minutos para mirar en su derredor. Haciendo en seguida con la mano un amistoso saludo á la atmósfera, que se había despejado algún tanto, aunque la luna estaba próxima á ocultarse, volvió á ponerse en marcha, tan majestuosamente como antes, ocupando el medio de la calle, con gran dignidad y como quien desearía ver que se le disputara su posesión. Sin embargo, como no se hallaba allí nadie que estuviese dispuesto á mover querrela con tal motivo, continuó marchando con los pulgares en los bolsillos de su chaleco, y tan apacible como un cordero.

Quando mi tío llegó al fin de *Leith-Walk*, le fué preciso atravesar un gran terreno aislado, al fin del que, en esta época, existía un cercado perteneciente á un carretero, que compraba á la administración de postas los carruajes fuera de servicio. Mi tío era aficionado á carruajes, viejos, nuevos, ó de una edad media; y le vino el capricho de separarse del camino, sin otro objeto que el de ir á mirar por entre la empalizada, una docena de antiguas sillas de posta, que recordaba haber visto allí en muy mal estado y desmanteladas. Mi tío, caballeros, era de un carácter decidido, tenía la cabeza dura; y no pudiendo ver á su gusto por entre las estacas, subió sobre ellas, y sentándose tranquilamente en una vieja lanza de coche, principió á considerar los restos de los carruajes con una gravedad notable.

Había allí quizá una docena ó más; mi tío no estaba seguro del número, y como era muy escrupuloso respecto de cifras, no le gustaba citar á la ligera. En fin, allí estaban todos mezclados y en un estado de desola-

ción no imaginable. Los faroles estaban rotos, las lanzas en malísimo estado, los muelles hechos pedazos, las cajas sin pintura; el viento silbaba al través de las aberturas, y la lluvia, posada sobre los imperiales, caía gota á gota en el interior, con un sonido sordo y lúgubre; eran, en fin, los esqueletos de las distintas sillas de posta, y en este lugar solitario, en esta hora de su muerte, tenían algo de lúgubre y horrible.

Mi tío apoyó la cabeza entre sus manos, y se puso á pensar en las gentes activas, de negocios, que habrían viajado en otro tiempo en estos viejos carruajes y que ahora estaban tan silenciosas y cambiadas como ellos. Pensó en los numerosos individuos que habrían conducido estos carcomidos esqueletos durante muchos años, al través de todas las estaciones, tantas noticias impacientemente esperadas, noticias de buen viaje y perfecta salud, tantos envíos de dinero y de letras de cambio. El comerciante, el amante, la esposa, la viuda, la madre, el estudiante y hasta el niño que se arrastraba hacia la puerta al oír llamar al cartero; ¡con qué ansiedad había esperado cada uno de estos la llegada de esa vieja silla de posta! Y ahora, ¿qué había sido de todos ellos? Caballeros, mi tío decía que había pensado en todo esto; pero yo sospecho que más bien lo habría leído después en algún libro, porque él declaraba positivamente que, contemplando estos esqueletos de carruajes, había caído en una especie de letargo, del que súbitamente le había sacado un reloj vecino, que daba las dos. Además, mi tío jamás se distinguió por reflexionar muy deprisa, y si realmente hubiese pensado en todas estas cosas, estoy convencido que no hubiera concluido hasta las dos y media. Creo, pues, poder afirmar que mi tío cayó en esa especie de letargo sin haber pensado en nada.

Sea lo que quiera, el reloj de la iglesia dió las dos. Mi tío se despertó, se frotó los ojos y dió un salto de alegría.

En un instante, y desde que el reloj dió las dos, este lugar desierto y abandonado, adquirió vida y actividad. Se abrieron las portezuelas de los coches; las guarniciones fueron restauradas, pintadas las cajas, encendidos los faroles, los cogines y almohadones estaban en su puesto, los mandaderos henchían los cofres de paquetes; los guardas colocaban ordenadamente las baldas; los palafreneros arrojaban cubos de agua sobre las recompuestas ruedas; una porción de hombres se precipitaban por todas partes poniendo las lanzas á cada carruaje. Llegaban los viajeros, las maletas estaban embaladas; los caballos enganchados, en fin, era evidente que cada silla iba á partir al momento. Caballe-

ros, mi tío abría tan desmesuradamente los ojos, al ver todo esto, que nunca pudo explicarse cómo había podido tenerlos cerrados.

— ¡Vamos, vamos! — dijo una voz al lado de mi tío, al mismo tiempo que sintió que una mano se posaba sobre su espalda; — estáis anotado para un asiento de interior y ya es tiempo de subir.

— ¡Yo, anotado! — exclamó mi tío volviéndose.

— Sí, ciertamente.

Mi tío, caballeros, nada pudo decir; tan admirado estaba. Lo más gracioso era que aunque había allí un gran número de personas y aunque á cada instante llegasen caras nuevas, nadie podía decir de dónde venían; parecían salir misteriosamente de debajo de la tierra ó de entre los aires, y desaparecer de la misma manera. Veía que un comisionista había puesto su equipaje en la silla y había recibido su propina, se volvía y ¡zas! ya había desaparecido. Antes que mi tío hubiese tenido tiempo para inquietarse por su situación, aparecía otra media docena, vacilando bajo el peso de enormes paquetes que parecía iban á aplastarlos. Otra singularidad es que los viajeros ostentaban trajes extraños; tenían grandes casacas bordadas, con largos faldones, vueltas enormes sin cuellos, y llevaban grandes pelucas con red-cilla. Mi tío nada podía comprender de todo esto.

— Y bien, ¿subimos? — dijo el individuo que se había dirigido á mi tío.

Estaba vestido como un postillón, pero tenía una peluca en la cabeza y muchos adornos de pasamanería en sus mangas; llevaba en una mano una linterna y en la otra un trabuco.

— ¿Acabaréis de subir, Jack Martín? — repitió el guarda aproximando la linterna al rostro de mi tío.

— ¡Está bien! — exclamó mi tío retrocediendo uno ó dos pasos. — ¡Vaya una familiaridad!

— Así está en la hoja — replicó el postillón.

— ¿Y no hay siquiera un *mister* delante? — preguntó mi tío, para quien su conductor, que no le conocía y le llamaba *Jack Martín* á secas, se tomaba una libertad que no habría aprobado la administración de correos, si hubiese tenido noticia de ello.

— No, no le hay — respondió friamente el conductor.

— ¿El asiento está pagado? — preguntó mi tío.

— Así se entiende.

— ¡Ah! ¡ah! pues bien, vamos; ¿en qué coche?

— En este — respondió el guarda mostrando una silla de postas gótica, cuya portezuela estaba abierta y el estribo bajado, y que hacía el servicio de Edimbourg á Londres.

— Esperad; aquí hay otros viajeros; dejadles subir.

Mientras que hablaba, vió mi tío aparecer ante él de repente un joven caballero, con peluca empolvada y vestido azul, bordado de plata, cuyos faldones entrelazados estaban admirablemente cuadrados. Tiffin y Welps están tan al corriente de las novedades, caballero, como mi tío reconoció al punto aquellas telas. El extranjero llevaba además un pantalón de seda, medias de seda y zapatos con hebillas, encajes en los puños, un sombrero de tres picos y una espada pequeña; los picos del chaleco le llegaban hasta la mitad del vientre, y las puntas de la corbata le bajaban hasta la cintura. Se adelantó gravemente hacia la portezuela del coche y se quitó el sombrero sosteniéndolo encima de su cabeza y arqueando el dedo meñique, como suelen hacerlo algunas personas amaneradas al tomar una taza de te; colocó el pie en tercera, hizo un profundo soludo y tendió en fin la mano izquierda. Mi tío iba á adelantarse y á sacudirla cordialmente, cuando apercibió que aquellas atenciones no iban dirigidas á él, sino á una joven lady que apareció en aquel momento al pie del estribo, que llevaba un vestido de terciopelo verde de corte antiguo, y por todo adorno en la cabeza un capuchón de seda negro. Esta señora se volvió un instante, y descubrió á mi tío el semblante más hermoso que hasta entonces había visto, ni aun en pintura; cuando subió al coche, levantó la falda con la mano, y decía mi tío, con un juramento cada vez que repetía esta historia, que no hubiera creído jamás qué pies y piernas sostenían aquella perfección, á no haberlos visto con sus propios ojos.

Mi tío se había apercibido, sin embargo, de que la joven señora parecía asustada y que le había dirigido una mirada suplicante. Notó también que el joven de la peluca empolvada, á pesar de todas sus apariencias de respeto y de galantería, la había apretado mucho la mano para hacerla subir, y la había seguido inmediatamente. Estaba con ellos otro individuo de bastante mala traza. Este tenía una peluca negra, un vestido de color corinto, un enorme espadón y enormes botas que le subían hasta la mitad de los muslos. Cuando se sentó al lado de la encantadora dama, se confirmó mi tío en su primera idea de que iba á representarse algún drama sombrío y misterioso, ó que, como él decía, había allí algo que claudicaba. En un abrir de ojos se decidió á socorrer á la dama, si tenía necesidad de su ayuda.

— ¡Sangre y truenos! — exclamó el joven caballero, llevando la mano á la espada, cuando mi tío subió al carruaje.

—¡Muerte é infierno! — vociferó el otro individuo, tirando de su espada y acometiendo á mi tío sin más ceremonias.

Mi tío no llevaba armas, pero se apoderó con gran destreza del sombrero de tres picos de su adversario, recibió la punta de la espada en mitad de la copa, apretó los dos lados y empuñó sólidamente la hoja.

—¡Picadle por detrás! — gritó el hombre de mala facha á su compañero, tratando de recuperar su espada.

—¡Que no le dé gana de hacerlo! — exclamó mi tío, levantando de una manera amenazadora el talón de sus zapatos claveteados, — ó le haré saltar los sesos, si los tiene, ó si no le romperé el cráneo!

Empleando al mismo tiempo todo su vigor, arrancó la espada á su adversario y la arrojó bizarramente por la portezuela.

—¡Sangre y truenos! — volvió á gritar el joven caballero poniendo mano de nuevo á su espada, pero sin sacarla.

Acaso, como le decía mi tío, tendría miedo de asustar á la joven señora.

—Ahora, caballero — dijo mi tío ocupando tranquilamente su asiento, es inútil hablar de muerte, con ó sin infierno, delante de una señora, y ya hemos tenido bastante sangre y truenos para nuestro viaje. Así, pues, si no lo tomáis á mal, nos sentaremos pacíficamente en nuestros puestos, como viajeros tranquilos. ¡Hola, conductor! Haced el favor de recoger el cuchillo de degollar de este caballero.

Apenas había acabado mi tío de pronunciar estas palabras, cuando apareció el conductor á la portezuela con la espada. Al pasarla al interior, levantó su linterna y miró fijamente á mi tío, que apercibió con gran sorpresa en torno del carruaje como un hormiguelo de conductores que tenían todos los ojos fijos en él. En toda su vida había visto tan gran número de rostros pálidos, de vestidos rojos y de miradas fijas.

—He aquí la cosa más extraña que me ha pasado en este día — pensó mi tío. — Permitidme que os devuelva vuestro sombrero, caballero.

El individuo de mala estampa recibió en silencio el sombrero de tres picos, miró atentamente el agujero que le había hecho en medio, y le colocó finalmente sobre la cima de su peluca, con una solemnidad que fué ligeramente disminuída por un estornudo que hizo caer su tricorno sobre las rodillas.

—¡En marcha! — gritó el conductor armado de la linterna, saltando por detrás á su asiento.

El coche partió. Al salir miró mi tío al través de los cristales, y vió que las otras sillas, con cocheros, guardas, caballos y viajeros, giraban en ronda al trote, con una celeridad de cerca de cinco millas por hora. Mi tío hervía de indignación, caballeros. Como buen negociante le parecía que no debía jugarse con la correspondencia, y resolvió acudir á la dirección de correos en cuanto estuviera de vuelta en Londres.

Sin embargo, bien pronto se concentraron todos sus pensamientos en la joven y bella señora, que estaba sentada al otro extremo del carruaje y tenía el rostro cuidadosamente envuelto en su capuchón. El hidalgo de traje azul se hallaba frente á ella, y á su lado el otro individuo de vestido corinto. Ambos parecían vigilarla atentamente; si crugían siquiera los pliegues de seda de su capuchón, veía mi tío al hombre de mala facha poner mano al montante, y estaba seguro, por la respiración del joven matamoros (la noche era muy negra para distinguir los semblantes) de que ponía unos ojos como si la quisiera tragar. Este manejo irritaba cada vez más á mi tío, y resolvió ver en qué paraba á toda costa. Profesaba una gran admiración á los ojos brillantes y á las caras bonitas, á los pies pequeños y á las lindas piernas; era, en fin, apasionado del sexo todo entero. Corre eso por las venas de la familia, caballeros; yo soy como él.

Mi tío empleó bastantes astucias para atraer la atención de la joven, ó por lo menos para entablar conversación con sus misteriosos acompañantes; pero todo fué en vano: los caballeros no querían, y la señora no podía hablar. De vez en cuando sacaba mi tío la cabeza por la portezuela y preguntaba en voz alta por qué no iban más deprisa; pero por mucho que gritase, nadie le hacía caso. Se replegaba entonces á su rincón y pensaba en el lindo semblante, en el pie pequeño, y en la fina pierna de su compañera de viaje. Con esto conseguía pasar un poco de tiempo, apartando su pensamiento de la extraña situación en que se veía, caminando siempre sin saber á dónde. En verdad que esto no le hubiera preocupado nunca mucho, porque mi tío, caballeros, era un mozo emprendedor, nómada, sin miedo y sin cuidados.

De repente se detuvo el coche.

—¡Oiga! — exclamó mi tío; — ¿qué nos sucede ahora?

—Descended aquí — dijo el conductor bajando el estribo.

—¡Aquí! — dijo mi tío.

—Aquí — repitió el guarda.

- No lo haré, por cierto.
- Enhorabuena; permaneced, entonces, donde estáis.
- Esa es mi intención.
- Está bien.

Los otros viajeros habían escuchado este coloquio con mucha atención. Viendo que mi tío había resuelto quedarse, pasó el joven hidalgo ante él para hacer bajar á la dama. El hombre de mala facha inspeccionaba en aquel instante con mucha atención el agujero que deshonraba la copa de su tricornio. La joven dejó caer su guante al pasar en la mano de mi tío, y aproximando los labios á su rostro, tan cerca que sintió en la nariz su aliento tibio, murmuró muy bajo estas dos palabras:

—¡Socorredme, señor!

Mi tío se lanzó fuera del carruaje con tanta violencia, que le hizo saltar sobre sus muelles.

¡Hola! ¿cambiáis de parecer? — dijo el conductor cuando vio á mi tío sobre sus piernas.

Mi tío le miró durante algunos segundos, dudando si debería arrancarle su trabuco, dispararle á la cabeza del matamoros, romper las del resto de la reunión con la culata, coger á la joven señora, y desaparecer en medio del humo. Reflexionándolo bien, abandonó este plan como de una ejecución tan poco melodramática, y se contentó con seguir á los dos hombres misteriosos á una vieja casa, delante de la cual se había detenido el carruaje. Conduciendo entre ambos á la dama, dieron la vuelta á la casa, y mi tío se arriesgó en su persecución.

De todos los lugares arruinados y desolados que había encontrado mi tío durante su vida, era aquel el más desolado y el más arruinado. Se conocía que había sido aquello en otro tiempo grandioso, mas el techo estaba abierto por muchas partes y las escaleras rotas y desvencijadas. En la habitación donde entraron los viajeros había una vasta chimenea, negra de humo, aunque no estaba calentada por ningún fuego. La ceniza blanquizca de madera quemada estaba aun esparcida por el hogar; mas éste estaba frío y todo parecía sombrío y triste.

—¡Vaya una cosa bonita! — dijo mi tío mirando en torno suyo; — una silla que hace seis millas y media por hora, y que se detiene indefinidamente en un agujero como este. Esto es demasiado, pero ya se sabrá; yo lo pondré en los periódicos.

Mi tío decía esto en voz bastante alta, y de una manera abierta y sin reserva, para enredar la conversación con los viajeros; pero éstos se contentaron con cuchichear entre sí, lanzándole miradas feroces. La

dama, que estaba al otro extremo de la habitación, se atrevió una vez á agitar su mano, como implorando la ayuda de mi tío.

Al fin, los dos desconocidos avanzaron un poco y la conversación comenzó.

—¡Buen hombre! — dijo el hidalgo del vestido azul; ¿supongo que no sabréis que esta es una habitación particular?

—No, mi buen hombre, no sé nada — respondió mi tío. — Sólo que si esta es una habitación particular, preparada expresamente, imagino que la sala pública debe ser lindamente confortable.

Diciendo esto, se estableció mi tío en un gran sillón y midió con la mirada á los dos caballeros tan exactamente, que Tiggin y Welps hubieran podido cortarles la tela de un vestido sin quitar ni poner una pulgada.

—¡Salid de esta habitación! — dijeron á una los dos hombres, empuñando sus espadas.

—¡Heim! — dijo mi tío tomando la apariencia de no comprender lo que querían decirle.

—¡Salid de esta habitación, ó sois muerto! — dijo el hombre de mala facha, echando su espadón al aire, y haciéndole dar vueltas por encima de su cabeza.

—¡Mátalo! ¡mátalo! — gritó el hombre del vestido azul, desenvainando también su espada y retrocediendo dos ó tres pasos — ¡mátalo! ¡mátalo!

La dama exhaló un grito agudísimo.

Mi tío, caballeros, era notable por su arrojo y su presencia de ánimo. Durante el tiempo en que había aparentado indiferencia, se había ocupado realmente en buscar, sin aparentarlo, algunos proyectiles ó algún arma defensiva; y en el momento mismo en que sacaron las espadas, apercibió un viejo espadón de cazoleta con su vaina medio carcomida. La cogió de un salto, la hizo girar rápidamente sobre su cabeza, gritó á la dama que se retirase á un rincón, arrojó la vaina al hombre de mala facha, tiró una silla al hidalgo del vestido azul, y aprovechándose de su confusión, cayó sobre ambos arremetidamente.

Existe una vieja historia, que no por ser vieja es menos buena, referente á un joven hidalgo irlandés, á quien preguntaron si tocaba el violón. — No lo sé, respondió, porque no he probado nunca. Esto podía aplicarse á mi tío y á su esgrima; jamás había tomado una espada en su mano, á no ser una vez, representando á Ricardo III, en un teatro de aficionados, y aún en aquella ocasión se había convenido en que Richmond le matase por detrás sin simulacro de combate. En este, sin embargo, asaltaba á dos hábiles tiradores, poniéndose

en terciá y en cuarta, parandó, tirándose á fondo y combatiendo, en fin, de la manera más valerosa y más diestra, aunque hasta en aquel momento no había pensado tener la más lijera noción del arte de la esgrima. Esto manifiesta la verdad de aquel viejo proverbio:

«Ningún hombre sabe de lo que es capaz hasta que lo ha ensayado.»

El ruido del combate era terrible; los tres campeones juraban como carreteros y sus espadas sonaban de una manera más fuerte que todos los cuchillos y todas las máquinas de afilar del mercado de Newport entrechocándose. La joven dama, sin duda por alentar á mi tío, echó atrás en el momento más animado su capuchón, y le dejó ver una beldad tan sorprendente, que hubiéra combatidos contra cincuenta demonios para obtener de ella una sonrisa y morir después. Hasta entonces había hecho maravillas, pero con aquel espectáculo, empezó á dar los tajos propios de un gigante rabioso.

El hidalgo de vestido azul apercebió al volverse que la dama había descubierto su rostro; lanzó una exclamación de rabia y de celos, y volviendo su espada contra ella, la dirigió una estocada que hizo lanzar á mi tío un rugido de furor. La joven señora saltó lijeramente de lado, y apoderánse de la espada del joven antes de que hubiera podido levantarla, le empujó contra el muro, y pasándole la espada á través del cuerpo hasta la guarnición, le clavó sólidamente en el maderamen. Esto era un magnífico ejemplo; mi tío, con un grito de triunfo y un vigor irresistible, hizo retroceder á su adversario en la misma dirección, y blandiendo el espadón y dirigiéndolo contra el centro de una de las flores de su chaleco, le clavó al lado de su amigo. Los dos estaban allí, caballeros, agitando los brazos y las piernas en su agonía, como los muñecos de cartón que hacen mover los niños con un hilo. Después de este lance, he oido decir muchas veces á mi tío que esta era la manera más segura de desembarazarse de un enemigo, y que no presenta más que un inconveniente, el mucho gasto, puesto que exige la pérdida de una espada por cada hombre que se pone fuera de combate.

— ¡La silla! ¡la silla! — exclamó la joven dama precipitándose hacia mi tío y echándole sus hermosos brazos alrededor del cuello; — ¡aún podemos salvarnos!

— Verdaderamente, querida, — dijo mi tío, — eso no es dudoso; me parece que no hay nadie más á quien matar.

Mi tío estaba un poco fuera de sí, caballeros, al pensar que un pequeño intermedio no hubiera estado de más después de la carnicería, aunque no hubiera sido

más que por el contraste.

— No tenemos un instante que perder aquí, — continuó la joven lady; — este, — añadió dirigiéndose al del vestido azul, — es el hijo del poderoso marqués de Tilletoville.

— ¿Y qué, querida? Temo que no ha de llevar jamás el título, — respondió mi tío mirando fijamente al joven, que estaba clavado en el muro como una mariposa. — Habéis extinguido al mayorazgo, amor mío.

— He sido robada á mi familia, á mis amigos, por un malvado, — exclamó la joven, cuya mirada brillaba de indignación; — este miserable me hubiera desposado á la fuerza antes de una hora.

— ¡Imprudente bribón! — dijo mi tío echando una mirada de desprecio al heredero moribundo de los Tilletoville.

— Como podéis juzgar por lo que habéis visto, sus cómplices estaban dispuestos á asesinar me si invocáis la ayuda de alguién. Si nos encuentran aquí somos perdidos; dentro de dos minutos será quizás tarde para huir. ¡A la silla! ¡á la silla!

Pronunciadas estas palabras, la joven, con las fuerzas agotadas por la emoción y por el esfuerzo que había hecho clavando al marqués de Tilletoville, se dejó caer en los brazos de mi tío, que la llevó en seguida á la puerta de la casa. La silla estaba allí con cuatro hermosos caballos negros enganchados, pero sin cochero, sin conductor y hasta sin palafreneros á la cabeza de los caballos.

Caballeros, no creo ofender la memoria de mi tío diciendo que, aunque mozo, había tenido antes de aquel momento algunas damas en los brazos; creo también que tenía la costumbre de abrazar las mozas de las posadas, y sé que dos ó tres veces fué visto por testigos dignos de fe, depositando un beso en el cuello de algunas dueñas de hoteles de una manera bastante perceptible. Menciono estas circunstancias, á fin de que juzguéis de lo incomparable que sería la belleza de aquella joven lady, para afectar á mi tío como lo hizo; decía con frecuencia que viendo sus largos cabellos negros flotar sobre sus brazos y sus bellos ojos negros volverse hacia él cuando volvió en sí, se había sentido tan agitado y tan torpe, que sus piernas temblaban bajo él. Pero ¿quién puede mirar un par de lindos ojos negros sin sentirse torpe? Por mi parte, caballeros, yo no puedo, y conozco ciertos ojos que no me atrevería á mirar; palabra de honor.

— ¿No me abandonaréis nunca? — murmuró la joven señora.

— ¡Jamás! — murmuró mi tío.

Y lo pensaba como lo decía.

— ¡Mi bravo libertador! ¡mi excelente, mi querido libertador!

— ¡No me digáis esas cosas!

— Pues ¿y por qué?

— Porque vuestra boca es tan seductora cuando habláis, que tengo miedo de ser tan impertinente que me atreva á besarla.

La joven levantó la mano como para advertir á mi tío que no lo hiciera, y dijo... no, no dijo nada; se sonrió. Cuando miráis un par de labios, los más deliciosos del mundo, y cuando se dilatan dulcemente en una sonrisa maliciosa, si estáis bastante cerca de ellos y sin testigos, no podéis acreditar mejor vuestra admiración por su forma y su color bellissimo que besándolos. Eso fué lo que hizo mi tío y yo le elogio por ello.

— ¡Escuchad! — exclamó la joven temblando; ¿oís el ruido de las ruedas y los caballos?

— Es verdad, — dijo mi tío bajándose.

Tenía el oído fino, y estaba acostumbrado á reconocer el ruido de los carruajes; pero los que se aproximaban á ellos parecían tan numerosos y lo hacían tan grande, que le fué imposible adivinar el número. Parecía el ruido de cincuenta carruajes, tirado cada uno por seis caballos.

— ¡Somos perseguidos! — exclamó la joven torciéndose las manos; — ¡somos perseguidos! No tengo esperanza sino en vos.

Había tal expresión de temor en su encantadora fisonomía, que mi tío se decidió del todo; la llevó al coche, la dijo que no se asustara, apretó otra vez sus labios contra los suyos, y habiéndole advertido que levantara los cristales para precaverse del frío, montó en el pescante.

— Esperad, mi querido salvador, — dijo la joven lady.

— Quisiera hablaros una palabra. una sola palabra, ¡amigo mío!

— ¿Es necesario que baje? — preguntó mi tío.

La joven no respondió, pero sonreía siempre con una sonrisa tan encantadora, caballeros, que excusaba todo otro cumplimento. Mi tío estuvo en tierra en un abrir de ojos.

— ¿Qué es lo que hay, querida mía? — dijo metiendo la cabeza por la portezuela.

La dama se inclinaba entonces hacia él por casualidad, y le pareció más bella que nunca. Estaba demasiado cerca de ella en aquel momento, así era que no podía engañarse.

— ¿Qué es lo que hay, querida mía? — preguntó otra vez mi tío.

— ¿No amaréis jamás á otra mujer que á mí? ¿no os casaréis con otra?

Mi tío juró por todos los dioses que no se casaría jamás con otra mujer, y la joven lady retiró la cabeza y bajó los cristales.

Mi tío se lanzó de nuevo al pescante, se colocó con seguridad, igualó las riendas, tomó el látigo de la imperial, le hizo chasquear con inteligencia y ¡en marcha! Los cuatro caballos negros se lanzaron á galope tendido, con la vieja silla de posta tras ellos, devorando lo menos quince millas por hora. ¡Brrr! ¡Brrr! ¡Cómo corrían!

Sin embargo, el ruido de los coches se sentía cada vez más fuerte por detrás; aunque el viejo carruaje iba muy deprisa, los que le seguían iban aún más deprisa; los hombres, los caballos, los perros, parecían haberse aliado para detenerle; el ruido era espantoso, más por encima de todo él se elevaba la voz de la joven lady excitando á mi tío y gritándole:

— ¡Más vivo! ¡más vivo! ¡más vivo!

Volaban como el relámpago. Los árboles sombríos, los molinos, las casas, las iglesias, todos los objetos huían á derecha é izquierda como aristas llevadas por el huracán. Las ruedas resonaban como un torrente que rompe sus diques, y el ruido de la persecución se hacía cada vez más fuerte; sin embargo, mi tío oía aún á la joven, gritando con voz desgarradora:

— ¡Más vivo! ¡más vivo! ¡más vivo!

Mi tío empleaba el látigo y las riendas, y los caballos escapaban con tanta rapidez, que estaban blancos de espuma. La joven gritaba, sin embargo:

— ¡Más vivo! ¡más vivo!

Con la excitación de aquel momento, dió mi tío un golpe violento con el tacón de su bota sobre la tarima... y se aperció de que empezaba á despuntar el alba, de que se encontraba sentado en el pescante de una vieja silla de posta de Edimburgo, en el lugar del postillón, temblando de frío, calado por la humedad y golpeando la tabla con los pies para hacerlos entrar en calor. Bajó apresuradamente, buscó á la encantadora joven en el interior... ¡Ay! no había ni portezuela, ni cogines en el carruaje; este era un simple armazón.

Mi tío vió que en todo aquello había algún misterio, y que todo había pasado exactamente como él tenía costumbre de contarle. Permaneciendo fiel al juramento que había hecho á la joven señora, rehusó por un amor muchas dueñas de posadas bastante apetecibles, y murió, en fin, soltero. Preguntaba con frecuencia por qué dia-

blos sería el haber descubierto, subiendo pacíficamente por encima de esta empalizada, que la sombra de los coches, de los caballos, de los guardas, de los cocheros y de los viajeros, tuviesen la costumbre de hacer viajes periódicos todas las noches, añadiendo que creía ser el único viviente á quien hubiesen tomado como pasajero en una de estas excursiones. Creo efectivamente que tenía razón, caballeros, ó á lo menos, yo no he oído hablar nunca de ningún otro.

—Lo que yo no comprendo es lo que esas sombras de sillitas de posta pueden llevar en sus sacos, — dijo el huésped, que había escuchado la historia con profunda atención.

—¡Pardiez! ¡las cartas sin señas!

—¡Es verdad! No había yo caído en eso.

CAPITULO L

De cómo ejecutó su misión Mr. Pickwick, y cómo fué reforzado desde el principio por un auxiliar inesperado.

Los caballos fueron puntualmente enganchados al día siguiente á las nueve menos cuarto, y habiendo ocupado sus sitios, Mr. Pickwick y Sam, el uno en el interior y el otro en el exterior, recibió el postillón la orden de dirigirse á la casa de Mr. Sawyer, á fin de recoger allí á Mr. Benjamín Allen.

El carruaje llegó bien pronto ante la tienda donde se leía esta inscripción: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*, y Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela, vió con extrema sorpresa al joven mancebo de librea gris, ocupado en cerrar apresuradamente las maderas de las ventanas. Aquella era una ocupación extraordinaria á semejante hora de la mañana, lo que hizo pensar á nuestro filósofo que algún amigo ó pariente de Mr. Sawyer había muerto, ó que acaso el mismo Mr. Bob Sawyer habría hecho bancarrota.

—¿Qué es lo que ha pasado? — preguntó al mancebo.

—Absolutamente nada, señor, — respondió este abriendo su boca hasta las orejas.

—¡Todo va bien! ¡todo va bien! — gritó Bob apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta con un pequeño saco de noche, estropeado y sucio, en una mano, y su grueso redingoté y una bufanda en la otra. — Voy yo á ir con vos, viejo.

—¿Vos?

—Sí, y vamos á hacer una verdadera expedición, ¡Eh, Sam, tomad!

Habiendo llamado de este modo la atención de mister Sam Weller, cuya fisonomía expresaba mucha admiración por aquel procedimiento expedito, le lanzó Bob su saco de noche, que fué inmediatamente colocado en el pescante.

Hecho esto, el mismo Bob se puso á meterse con ayuda de su chico el gabán, hartamente estrecho para él, y aproximándose á la portezuela del carruaje, metió por ella la cabeza y se puso á reír estrepitosamente.

—¡Qué buena broma! — dijo enjugando con el faldón las lágrimas que la risa arrancaba de sus ojos.

—Mi querido señor, — le dijo Mr. Pickwick con algún embarazo, — yo no había pensado siquiera en que vos nos acompañaríais.

—Justamente, ese es el lado mejor que esto tiene.

—¡Ah! ¿ese es el lado mejor? — repitió Mr. Pickwick súbitamente.

—Sin duda; además del de dejar la botica que haga sus negocios por sí misma, puesto que no quiere hacerlos conmigo.

Habiendo explicado de este modo el fenómeno de las ventanas, que tanto había sorprendido á Mr. Pickwick, volvió á caer Mr. Sawyer en un éxtasis de júbilo.

—Pero qué, ¿seréis tan loco que vayáis á dejar vuestros enfermos sin medicina? — dijo Mr. Pickwick en tono serio.

—¿Por qué no? Y aún así ganaré todavía, puesto que no hay uno que me pague. Además, — añadió bajando la voz hasta el murmullo confidencial, — ellos también ganarán, porque careciendo casi de medicamentos, me había visto obligado á dar á todos el calomelano, lo que podría no haber sido conveniente á algunos. Así es que todo viene bien.

Había en esta respuesta una fuerza de razonamiento y de filosofía que Mr. Pickwick no esperaba. Reflexionó algunos instantes, y dijo después, aunque ya de una manera menos firme:

—Pero esta silla no puede contener más que dos per-